

su pasión, cuando iba á consumar su sacrificio, que debía dar nacimiento á la Iglesia, dice al mismo Pedro: «Yo he rogado por ti para que no falte tu fe, y tú, una vez convertido, confirma á tus hermanos.» (1) Llega la hora de subir al cielo y de transmitir sus poderes á sus representantes, y dice á Pedro: «Apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas.» (2)

Ved aquí formado ya el cuerpo de la Iglesia, cuyo carácter esencial es la unidad, que sujeta todos los miembros á la cabeza, como en el cuerpo del hombre, y sin la cual no fuera posible la acción y la vida. Falta solo el espíritu que le anime y le dé el impulso necesario para la vida y la fecundidad: y Jesucristo lo infunde cuando en el último día de su estancia en la tierra reúne á este cuerpo, confía la autoridad á su cabeza, sopla sobre ellos, y les dice: «Recibid el Espíritu Santo: id, enseñad, bautizad á todo el mundo: yo estoy con vosotros hasta la consumación del siglo.» (3) Con vosotros instruyendo, dice Bossuet al comentar este pasaje; con vosotros bautizando, con vosotros enseñando á mis fieles á guardar cuanto os he mandado, y con vosotros, por consiguiente, ejerciendo un ministerio exterior. Estaré con vosotros, con todos los que os sucederán, y con la sociedad reunida bajo su cuidado, desde ahora hasta la consumación de los siglos, hasta que el mundo se acabe, todos los días sin interrupción, pues no os abandonaré un solo momento, y aunque ausente mi cuerpo, mi espíritu estará aquí siempre presente (4).

Tal es, Señores, la Iglesia, la columna y firmamen-

(1) Luc. XXII, 32.

(2) Joann. XXI, 16, 17.

(3) Id. XX, 22.—Matth. XXVIII, 20.

(4) Bossuet, *Conferencias con el Ministro Claudio*, n. 1.

to de la verdad (1), el arca de salvación, la esposa de Jesucristo, la madre de los hijos de Dios: ella sola los da á luz, ella sola los alimenta, ella sola los instruye, los educa y los vivifica, ella sola, en fin, los introduce en la casa de su Padre, para que tomen posesión de su herencia, y lo hace en toda la tierra: Id, enseñad, bautizad á todas las naciones, dice Jesucristo; y lo hace en todos los tiempos: Yo estoy con vosotros, añade su esposo, hasta la consumación de los siglos (2). En vano se levantan contra ella poderosos enemigos; las puertas del infierno no prevalecerán (3). En vano la combatirán el mundo; confiad, hijos, les dice Jesucristo; yo he vencido al mundo (4). La muerte no puede nada contra ella, porque es esposa de Jesucristo, y este es de ayer, de hoy y de todos los siglos (5), y le ha prometido estar con ella en todo tiempo. Dios está con la Iglesia y en la Iglesia, dice un apologista (6), y ella no es más que un medio visible de comunicación de la Divinidad con todos los hombres, y, como dice otro sábio, es la encarnación permanente del Hijo de Dios, por cuyo medio continúa siendo entre nosotros todo lo que él es (7), el camino, la verdad y la vida del género humano (8).

Segun ello, pues, solo por el ministerio de la Iglesia se hacen efectivos para la humanidad los inefables beneficios de la redención; solo por ella puede llegar el hom-

(1) I Tim. III, 15.

(2) Matth. XXVIII.

(3) Id. XVI, 18.

(4) Joann. XVI, 33.

(5) Hebr. XIII, 8.

(6) Aug. Nicol., *Estudios sobre el Cristianismo*.

(7) Mœhler.

(8) Joann. XIV, 6.

bre al término á que se propuso llevarle Jesucristo, esto es, á su completa regeneracion en la tierra, y á su eterna felicidad en el cielo.

SEGUNDA PARTE.

Manifestar á Jesucristo al mundo, hacerle conocer en todo lugar y en todo tiempo, perpetuarle sobre la tierra. ¡Qué mision tan noble y tan divina, Señores! Así como el Salvador dijo: «El que me ve á mí, ve al Padre (1),» así tambien puede decir la Iglesia: El que me ve á mí, ve á Jesucristo, porque él está en mí y yo en él, él es quien habla y obra por mí (2). Jesucristo lo habia dicho á los Apóstoles: «El que os oye á vosotros, me oye á mí; el que os desprecia, me desprecia á mí mismo (3).» Ahora bien: de Jesucristo nos dice San Juan, condensando en una sola frase todo su carácter y toda su mision salvadora: «Le vimos lleno de gracia y de verdad, y de su plenitud recibimos todos.» (4) Fijémonos en esa palabra, que descubriéndonos la obra de Jesucristo, nos descubre igualmente la de la Iglesia.

¡La verdad! Jesucristo nos la enseña, porque ha venido del cielo á dar testimonio de ella (5): la posee en su plenitud; más aún, él mismo es la verdad (6), porque es

(1) Joann. XIV, 9.

(2) Id. 10.

(3) Luc. X, 16.

(4) Joann. I, 14, 16.

(5) Id. XVIII, 37.

(6) Id. XIV, 6.

la Sabiduría encarnada; y la enseña, no solo fijando sobre base segura nuestros conocimientos en el orden de la naturaleza, sino descubriéndonos los tesoros de la ciencia divina, y levantando una punta del velo de la majestad insondable, sin lo cual jamás el hombre habria salido de la region de la ignorancia, del error y de la duda.

¡La gracia! Jesucristo es quien vino á traer á los hombres ese tesoro que él mismo llama el don de Dios (1), sin el cual hubieran sido siempre esclavos del pecado, y con el cual entramos en relaciones tan íntimas con Dios, que nos hacemos dignos de contemplarle cara á cara en sus eternos resplandores.

La verdad que ilustra el entendimiento, la gracia que mueve y transforma el corazon, la verdad, que es el objeto de la fe, la gracia que da al hombre la virtud de la fe y la de la esperanza, y la caridad: la verdad que en la tierra se nos propone en enigma, para que creyendo merezcamos contemplarla en toda su claridad en el cielo (2); la gracia que nos conduce al cielo, la verdad y la gracia, dones inapreciables y divinos, que comunican la vida al entendimiento y al corazon, tesoros que se habian perdido por el pecado; bienes que nos engrandecen, nos perfeccionan y nos divinizan; hé aquí lo que en su persona trajo Jesucristo, lleno de gracia y de verdad, para que de su plenitud recibamos todos la parte que nos ha de llevar á la felicidad eterna: y hé aquí lo que quiere que recibamos por medio de la Iglesia, en quien ha depositado esta plenitud.

Dios ha dispuesto en su admirable providencia, que estos bienes sobrenaturales se comuniquen al hombre por medios exteriores. La gracia se nos da por los Sacra-

(1) Joann. IV, 10.

(2) I Cor. XIII, 12.

mentos y por el sacrificio, que suponen desde luego ministros de los mismos. La verdad divina, aceptada por la fe, se recibe por el oído, dice San Pablo, y exige, por lo tanto, la palabra del que enseña (1). El mismo Verbo de Dios se hizo hombre para hacernos participantes de estos bienes, y se sirvió del instrumento augusto de su humanidad para principiar su obra sobre la tierra. Era necesario, según este designio, que otros hombres recibiesen el encargo de desenvolverla y extenderla, perpetuándola, puesto que ha de llegar á los límites del mundo y á la consumación de los siglos. Pero este ministerio divino y sobrenatural, no podía ser derecho propio de ningún hombre; debía venir de Dios, de Jesucristo mismo, único maestro de la humanidad (2); y Jesucristo lo confirió realmente á su Iglesia con aquellas palabras: «Se me ha dado todo poder; como el Padre me ha enviado, os envío yo: id, enseñad la verdad á todas las naciones; los que la creyeren, se salvarán (3): id, bautizad; á los que perdonáreis los pecados, les serán perdonados; comunicad la gracia por medio de los Sacramentos: hacedlo todo en nombre mio, porque yo estoy con vosotros hasta el fin de los siglos.»

Estas palabras transfieren á la Iglesia el carácter y la misión misma de Jesucristo, le dan la potestad de enseñar la verdad, de reengendrar por la gracia de los sacramentos, y de someter á los hombres á la observancia de la doctrina y de los preceptos de Jesucristo, le imponen la obligación de hacerlo, y le prometen la asistencia divina como prenda de infalibilidad y de perpétua duración. La Iglesia, por lo mismo, es la única que está se-

(1) Rom. X, 14.

(2) Matth. XXIII, 8.

(3) Marc. XVI, 16.

gura de poseer la verdad absoluta y precisa, objeto de la fe, porque solo en ella está Jesucristo. En la Iglesia únicamente tiene seguridad completa de encontrarla el que con sinceridad la busca, porque solo de ella ha dicho Jesucristo: «El que á vosotros oye, á mí me oye.» (1) Ella es la única que tiene autoridad para enseñarla, porque á ella sola ha dicho Jesucristo: «Como el Padre me envió á mí, os envío yo á vosotros.» (2) Quien de ella no quiera aprenderla, la ignorará siempre; porque el que la desprecia, desprecia á Jesucristo, y al Padre que le envió (3). Quien se separa de ella, en fin, se extraviará infaliblemente en las tortuosas sendas de la duda, del error y de la herejía.

Es un hecho, Señores, que jamás se meditará bastante. La doctrina de Jesucristo, pura, inmaculada, cual salió de sus labios divinos, es el patrimonio exclusivo de la Iglesia Católica. Todo se ha alterado en torno suyo; todas las sectas, todas las escuelas, no satisfechas hoy con lo que ayer proclamaban como una verdad, la han modificado, ó la han negado, para volver á alterarla mañana: la Iglesia sola ha tenido siempre el mismo símbolo en todos los lugares y en todos los tiempos; jamás ha vacilado en ningún punto; con prontitud y seguridad ha resistido siempre á los asaltos que se le han dado; y tranquila, porque está segura de poseer la verdad, ha hecho brillar la misma luz en el pueblo salvaje y en el civilizado, en los siglos de ignorancia y en los de ilustración, en los tiempos borrascosos y en los días de bonanza. Apoyada sobre la firme piedra del Pontificado,

(1) Luc. X, 16.

(2) Joann. XX, 21.

(3) Luc. X, 16.

sostenida por el brazo omnipotente de su esposo, conserva y conservará hasta la consumacion de los siglos la unidad, esencia de la verdad, y brillará como faro luminoso entre las tempestuosas olas del mundo, para que á ella se acojan los náufragos de la razon extraviada.

No busqueis fuera de la Iglesia la verdad esencial, ni ideas fijas sobre Dios y el hombre, sobre el bien y el mal, sobre lo justo y lo injusto. No encontrareis sino la duda, la incertidumbre y el error; sistemas que nacen hoy para morir mañana; doctrinas, cuyas consecuencias son el desórden y la corrupcion; y esto, bien lo busqueis en la filosofía anterior á la venida de Jesucristo, bien en las heregías de todos los tiempos, bien en lo que se llama filosofía moderna. De la primera decia Ciceron: «La variedad de opiniones y las contrariedades de los hombres nos desconciertan: á las doctrinas que varían segun las personas, y que no son siempre constantes en una misma persona, las llamamos ficciones.» (1) De la segunda lo prueba la historia, y sobre todo los anales del protestantismo. De la última ha dicho un Prelado ilustre de la Iglesia: «El horror á la verdad es como el carácter especial de nuestro tiempo. Desafiamos que se nos cite un libro escrito en nuestros dias por una mano enemiga de la Iglesia, y que en el órden religioso no se levante contra la verdad absoluta y precisa. Se establece el vacío en las inteligencias, se vacila, se camina á tientas, se nada entre la incertidumbre y la vaguedad, y la filosofía moderna termina en una secta de hombres que buscan y nunca encuentran.» Esto nace, hermanos míos, de que carecen de un principio divino que brille

(1) Ciceron: de Legib., lib. 1, §. 17.

ante ellos como luz eterna é invariable, y de que no teniendo otro criterio que la razon individual, todos aspiran á ser maestros, y nadie se contenta con el carácter de discípulo, todos someten la verdad á sus pasiones, no admitiendo como tal sino lo que á ellas se acomoda. Reproducen la confusion y el desórden de la torre de Babel.

Ni busqueis tampoco fuera de la Iglesia Católica la gracia, que vivifica al hombre, regenerándole y elevándole hasta la union eterna con el mismo Dios. Ella sola tiene y conserva los medios con que Dios la comunica: el bautismo, que reengendra al hombre y le llena de la gracia santificante; la penitencia, que se la devuelve cuando la perdió por el pecado; la Sagrada Eucaristía, que la multiplica y hace vivir vida divina. Ella sola sabe elevar el pensamiento á Dios por la belleza y sublimidad del culto, que, por así decirlo, nos hace á Dios sensible; y por la suave influencia de la oracion, que, como escala misteriosa de Jacob, conduce al hombre hasta las gradas del trono del Omnipotente, para recibir dones en cambio de plegarias; ella, en fin, la que únicamente posee á Jesucristo, víctima eterna por el hombre, que renovando cada momento su sacrificio, perpetúa los efectos admirables de este sobre el género humano. Los que de la Iglesia se separan carecen de todo, porque no poseen á Jesucristo; no quieren que esté entre ellos. Destruyen el principio de la fe, niegan la gracia, desprecian el bautismo, rechazan la presencia de Jesucristo en el Sacramento adorable, y lo conservan solo como un recuerdo. La Encarnacion es para ellos un hecho aislado: Jesucristo pasó por la tierra como otro cualquiera, y volvió al cielo, dejando á los hombres la libertad de creer lo que quieran acerca de su persona y de su doctrina. La pasion es para ellos un hecho histórico, una redencion nominal; la Eucaristía una figura, una representacion

sin objeto, una sombra sin realidad: la Comunion una pura ceremonia, que ni aun este nombre les merece: llámanla simplemente Cena. No es para ellos, ni puede llamarse de otra manera, porque no hay allí union de Dios con el hombre, ni principio ó lazo de union de los hombres entre sí. Solo la Iglesia Católica posee á Jesucristo, en quien está la plenitud de la gracia, que sobre todos se difunde (1); solo ella se alimenta de Jesucristo; solo ella vive de la vida de Jesucristo, que le dijo: El que come mi carne y bebe mi sangre, está en mí, y yo en él (2), vivirá de mi misma vida (3); el que permanece unido á mí dará fruto en abundancia (4), porque yo he venido para que los hombres tengan vida, y vida más abundante (5), y por esto yo estoy con vosotros hasta la consumacion de los siglos (6).

No busqueis, en fin, fuera de la Iglesia Católica la verdadera moral, la moral eterna é invariable, que se funda en la verdad, y es la justicia y la expresion de la santidad de Dios, hecha sensible al mundo en la persona y en la doctrina de Jesucristo. La moral, fuera de la Iglesia, está sujeta á las mismas vicisitudes que la verdad religiosa: es convencional, es peculiar de cada secta y de cada hombre. Solo en la Iglesia es siempre la misma; la justicia, la santidad, la perfeccion, Jesucristo práctico. Ni el temor, ni el interés, ni accidente alguno ha sido poderoso á adulterarla: la misma en todo lugar y en todo tiempo como la fe; la misma para el César, que para el último vasallo; la misma para el Pontí-

(1) Joann. I, 14, 16.

(2) Id. VI, 57.

(3) Id. id., 58.

(4) Id. XV, 5.

(5) Id. X, 10.

(6) Matth. XXVIII, 20.

fice, que para el más pequeño de sus hijos; la misma en su sancion terrible para el malo y consoladora para el bueno, de toda edad y de toda condicion: la reprobacion eterna con la maldicion de Dios; la felicidad eterna, con la bendicion y el amor infinito de Dios (1), hecho recompensa del hombre (2).

Por ello, Señores, no aparecen los frutos de la Encarnacion y de la muerte de Jesucristo en los que se separan de la Iglesia Católica. Apacentándose á sí mismos, dice San Judas, son nubes sin agua que los vientos llevan de acá para allá, árboles de otoño sin fruto, dos veces muertos y desarraigados; ondas furiosas de la mar, que arrojan las espumas de su abominacion; estrellas errantes para las que está reservada la tempestad de las tinieblas eternas (3). El Eterno lo ha dicho: Han apartado de mí su alma; no los apacentaré, y el que muera, morirá: y se devorarán unos á otros (4). Oráculo terrible, que lanzado contra el pérfido Israel, describe con un solo rasgo las historias de todas las pasadas herejías, y descubre la suerte que aguarda á los que osados intentan levantar en adelante el estandarte de la rebelion.

Los frutos de salud y de gracia solo los produce la Iglesia Católica, que fecundada como esposa legítima por el espíritu de Jesucristo, da á luz innumerable familia de santos, de hombres que elevados á Dios por la fe, unidos á él por la gracia, alimentados de Jesucristo por la Eucaristía, llegan al heroismo de la virtud, y presentan en la tierra la imágen viva del que es la santidad por esencia. Buscad uno de esos hombres extraordinarios

(1) Matth. XXV, 46.

(2) Gen. XV, 1.

(3) Jud. I, 12, 13.

(4) Zachar. XI, 8, 9.

fuera de la Iglesia: no le encontrareis. Jesucristo lo ha dicho: El sarmiento no produce fruto, si está separado de la vid (1), y la vid es el mismo Jesucristo (2), que solo está en la viña de la Iglesia. Naciones que los contaban en número admirable mientras fueron católicas, no han sabido producir uno solo después de su apostasía. Los herejes y los impíos mismos lo confiesan: la santidad es fruto que se coje solo en los campos de la Iglesia Católica (3).

Bendigamos á Dios, hermanos míos, por la institución admirable de esta Iglesia, que pone el sello á sus designios de misericordia sobre el mundo: bendigámosle por los inestimables bienes que el género humano debe á esta esposa del Cordero, madre de la fe y la santidad; y sobre todo, bendigámosle porque nos ha hecho nacer y nos mantiene en el seno de esta Iglesia, de cuyos brazos esperamos pasar á los de Jesucristo en el cielo. Es el mayor de los beneficios que le debemos. Agradecemoslo, aprovechando los tesoros de verdad, de gracia y de virtud de nuestra madre, que los posee para nosotros, y nos los reparte con la enseñanza de su doctrina y con la participación de sus Sacramentos. Adheridos firmemente á ella, resistamos los esfuerzos que hombres llenos de orgullo y adoradores de sí mismos hacen todos los días para separarnos y separar á nuestra patria de los brazos de esta buena madre, á quien debemos cuanto de grande y bueno tiene nuestro pueblo. Rechacémoslos con fe sincera y con caridad ardiente, para que nuestra tierra, patria de Santos y de héroes, no se vea convertida en erial donde solo nazcan espinas y plantas venenosas.

(1) Joann. XV, 4.

(2) Id. id., 5.

(3) Voltaire, Razon del Cristianismo; palabra *Aveux*.

Amemos, respetemos y entreguémonos con corazón de hijos fieles á esta Iglesia Santa. Ella es la que Jesús llama su única escogida (1); ella es la única que se levanta fresca y lozana, como el lirio entre las espinas (2), ella la única que como hija predilecta será llamada á la herencia del gran padre de familias; ella, en fin, la que, al ver levantarse orgullosas á su lado las negras hijas del desierto, las mira con desdén ostentar su rústico y atezado semblante, y con una sola palabra las humilla, las confunde y las anonada, diciendo á su esposo Jesucristo, como Sara á Abraham: «Arrójalas á lo lejos, porque el hijo de la esclava no debe entrar á la parte con el hijo de la esposa.» (3) Palabra que las dispersa avergonzadas, y las hace perecer con sus hijos en el desierto, si humildes no acuden á renovar su vida en las fuentes del Cordero, abiertas siempre para lavar su negrura (4), para blanquear su estola, y para santificarlas si entran en el seno de la Iglesia, que sigue á su esposo á todas partes, y le seguirá gloriosa y sin mancilla en el tiempo y en la eternidad.

(1) Cant. VI, 8.

(2) Id. II, 2.

(3) Gen. XXI, 10.

(4) Zach. XIII, 1.